

Latorre Cosculluela, C. y Quintas Hijós, A. (Coords.). (2021). *Inclusión educativa y tecnologías para el aprendizaje*. Octaedro, p. 176, ISBN 978-84-18615-76-4.

Durante largo tiempo, la educación fue y sigue siendo uno de los elementos que han promovido procesos de cambio en las sociedades y, con distinto ritmo e intensidad, ha ido alcanzando progresivamente a un mayor número de personas mejorando su conocimiento y formación. Esta evolución puede analizarse desde diversos puntos de vista, aunque conviene no olvidar el “tiempo social” o estructural y coyuntural. Como apuntaba Fernand Braudel, aquel que aúna cierta inmovilidad con velocidad de vértigo, pues es dicha base, la que nos permite analizar con perspectiva los distintos estadios que recorren los ejes principales y tangentes de esta obra.

El primero de esos ejes es el proceso por el cual se transita desde una educación segregada, a una inclusiva, pasando antes por un periodo de integración. Este requiere de una transformación social en su conjunto, por lo que su aplicación, desarrollo y resultados se dan en un espacio temporal amplio, aunque para algunos demasiado lento. No obstante, subrayar que requiere de continuidad, dinamismo y, en la mayoría de las ocasiones, periodos de ensayo-error para lograr la ansiada transformación.

El segundo eje se presenta en el campo educativo como su antónimo: las tecnologías. Herramientas nuevas, dinámicas, rápidas y, en muchos casos, efímeras o perecederas, que han cambiado por completo el abordaje educativo, organizativo y práctico de aquellos lugares en los que aterriza. Este revulsivo permite impulsar con mayor rapidez el tránsito de unos espacios segregados a otros inclusivos en nuestro aprendizaje sin importar las múltiples particularidades, incluido el acceso a la información, de nuestra realidad educativa.

De este modo, los Objetivos de Desarrollo Sostenibles reflejan unos compromisos comunes con el fin de garantizar una educación inclusiva a toda la sociedad y durante todas las etapas de la vida. Ahora bien, también dejan entrever los peligros en el uso de las TIC, pues estas herramientas pueden llegar a suponer, bien por no estar al alcance de todos, o bien por no usarlas adecuadamente, una barrera segregadora dentro de los contextos educativos en los que se utilizan.

Por este motivo, entendemos que esta obra es de preeminente actualidad, interés y relevancia, al poner sobre la mesa una metodología de aplicación práctica en consonancia con la teoría. Algo que suele abandonarse comúnmente por la dificultad que atañe a estos ejes, dado que requiere de un conocimiento excelso de los contextos educativos en los que se van a aplicar y, por otro lado, son susceptibles de

cambios y nuevos enfoques en función de los nuevos tiempos y espacios en los que deseen utilizarse.

De este modo, la obra se estructura en doce capítulos a los que acompaña un prólogo de Cecilia Latorre y Alejandro Quintas, ambos coordinadores de esta. Asimismo, es posible, por sus temáticas y enfoques, agruparlos de la siguiente forma.

Los tres primeros capítulos abordan elementos teóricos-reflexivos ante los nuevos retos socioeducativos. Primeramente, la coordinadora de la obra, la profesora Latorre de la Universidad de Zaragoza, se centra en el desafío de proporcionar una educación universal y equitativa, la cual se ha convertido en una prioridad para las naciones de todo el mundo. De este modo, sitúa en el foco la revolución que representa el paradigma inclusivo. A diferencia de la educación tradicional que busca homogeneidad, la educación inclusiva valora y se adapta a la diversidad, reconociendo las singularidades de cada estudiante. Latorre resalta los beneficios de esta modalidad educativa, sin obviar sus desafíos. Subraya la necesidad de que los sistemas educativos se adapten a un mundo en constante cambio y que los educadores cuenten con las herramientas y formación adecuadas para manejar la diversidad con eficacia. Para lograr una sociedad justa, es esencial formar a los educadores como agentes de cambio. La defensa de la educación inclusiva, en ocasiones, se presenta con un discurso irreal que respalda la renovación pedagógica. Es vital considerar los factores que determinan el éxito o fracaso de la educación inclusiva, evitando etiquetar al alumnado vulnerable y cuestionando políticas educativas contradictorias. Finalmente, se destaca la importancia de la reflexión docente como ejercicio legítimo, que promueve un análisis crítico y consciente, esencial para la transformación hacia una escuela inclusiva.

En segundo lugar, Forcadell, Socolvski y Lira exploran la relación entre orientación educativa y educación inclusiva en este capítulo, destacando su simbiosis. Tradicionalmente, la orientación ha actuado como un nexo entre los estudiantes y el currículo, asegurando que cada individuo reciba el apoyo necesario. Sin embargo, la inclusión, aunque valiosa, presenta retos, especialmente al integrar a estudiantes con necesidades especiales o antecedentes diversos. Las autoras argumentan que la orientación es esencial para identificar y superar estos desafíos. Al abordar el tema con base en investigaciones y experiencias profesionales, las autoras sostienen que la orientación y la inclusión están intrínsecamente ligadas en su meta de respaldar a todos los estudiantes. El capítulo también destaca que simplemente agrupar a estudiantes diversos bajo un profesorado especialista, sin cambiar el sistema, no garantiza una educación inclusiva. La inclusión real va más allá de simplemente aceptar al "otro", implica reconocer y valorar la diversidad, cuestionando prejuicios y abordando barreras culturales. Por último, se destaca la relevancia de la orientación en la transformación o perpetuación de la cultura escolar, y se enfatiza que la inclusión no debe ser vista como un conjunto fijo de técnicas, sino como una forma continua y en evolución de estar y relacionarse.

Cierra este bloque el capítulo tercero firmado por Sierra y Rodríguez, quienes abordan la importancia de las “*soft skills*” o habilidades blandas en el siglo XXI. Las habilidades como la empatía, comunicación efectiva y resolución de conflictos son vitales no solo para el ámbito profesional, sino también para formar ciudadanos responsables y empáticos en una sociedad global. Este capítulo enfatiza la necesidad de una educación emocional inclusiva, reconociendo que el bienestar emocional es un pilar para el aprendizaje. Las autoras instan a los sistemas educativos a adaptarse, incorporando la enseñanza de estas habilidades desde una perspectiva inclusiva. De este modo, recalcan que históricamente, grandes pensadores han reflexionado sobre las habilidades esenciales para la vida y el papel de la educación emocional en su desarrollo. Aunque los términos varían entre países, el objetivo es universal: “preparar a los estudiantes para los desafíos contemporáneos”. Para lograr una educación inclusiva y de calidad, es esencial una transformación profunda del paradigma educativo. Este cambio debe centrarse en responder a las necesidades individuales, ofrecer igualdad de oportunidades y equipar a los estudiantes con las habilidades necesarias para enfrentar los desafíos del siglo XXI, como la gestión emocional y el desarrollo personal y social. La formación en estas habilidades es fundamental para docentes y estudiantes. En resumen, equilibrar el aprendizaje técnico con las “*soft skills*” produce ciudadanos íntegros y comprometidos, siendo estas habilidades indicativas del éxito en la vida.

El siguiente gran bloque que podemos destacar de la obra, son aquellas aportaciones dedicadas a la aplicación práctica de los docentes para con sus discentes. En este sentido, una de los estudios más llamativos y claros es el propuesto por Satrústegui, Quilez y Cortés, quienes se adentra en el Aprendizaje Basado en Problemas (ABP) como estrategia didáctica que promueve el pensamiento crítico y la colaboración entre estudiantes. Esta metodología, que alienta a la participación de alumnos con distintos antecedentes, se revela esencial para una educación inclusiva, a pesar de que las nuevas metodologías pueden generar incertidumbre entre los propios docentes. Para superar esos retos, se argumenta la necesidad de una implementación adecuada de dicha propuesta junto con la capacidad de esta metodología de transformar y promover la inclusión. Mirando al futuro, proponen reflexionar sobre el acceso a las tecnologías del aprendizaje y el conocimiento (TAC), junto a la adopción del método científico como herramientas clave para personalizar la enseñanza y fomentar una total inclusión. Finalmente, concluyen que la adopción de metodologías activas en la Secundaria, en particular el ABP, puede llevarse a cabo con éxito, promoviendo la convivencia, el respeto y el desarrollo integral del alumnado.

De gran riqueza y complejidad es el trabajo de Eva Lira, quien aborda la tecnología y la discapacidad explorando la intersección de ambas en el ámbito educativo. La autora destaca que la revolución tecnológica en educación debe considerar cómo afecta

a las personas con discapacidades, especialmente en tiempos de la pandemia de la COVID-19. Asimismo, enfatiza la necesidad de empoderar a las personas con discapacidades intelectuales en habilidades digitales para garantizar una inclusión equitativa, yendo más allá del mero acceso, pues afirma que dicha inclusión implica usabilidad y adaptabilidad. No obstante, no se olvida de las barreras y el papel de los facilitadores en el uso de las TIC para las personas con discapacidad, destacando factores como: el apoyo organizacional, profesional y familiar que pueden ser determinantes. A pesar de las oportunidades que ofrecen las TIC, existen riesgos asociados, y se discuten diversos programas de capacitación en el uso de las TIC, mostrando que las personas con discapacidades pueden mejorar sus habilidades digitales con entrenamiento y apoyo adecuados. Los entrenamientos abarcan desde el uso básico del ordenador hasta herramientas avanzadas como Google Maps, Google Calendar y programas de radio. La intervención activa de los maestros y la participación de las personas con discapacidad son esenciales para el éxito de estas intervenciones. Por todo ello, cree necesario adecuar el diseño y el uso de las herramientas con el fin de otorgar una autonomía real a las personas con discapacidad.

En una línea similar, aunque para el alumnado con TEA, se detienen Corcel, Vázquez y Baldassarri, quienes exponen el potencial de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC) en la intervención educativa para niños con Trastorno del Espectro Autista (TEA), centrándose en el desarrollo de habilidades sociales. Sostienen además que las TIC, correctamente implementadas, pueden enriquecer la comunicación e interacción en estos niños. Sin embargo, la incorporación efectiva de las TIC en el aula presenta retos, principalmente debido a la falta de formación adecuada del profesorado en tecnología y en su uso pedagógico específico para alumnos con necesidades especiales. Esto deriva en que, a pesar de la buena voluntad de muchos docentes para usar las TIC, no sepan cómo adecuarlas de manera efectiva en sus enseñanzas. Además, se suman otros obstáculos como los desafíos económicos, falta de coordinación y la persistente brecha digital. A pesar de estos últimos, asumen el potencial de las TIC para el desarrollo de un aprendizaje adaptado y personalizado a las necesidades del cada niño, extremadamente útiles para los casos con TEA, pues ayuda en áreas como las habilidades sociales. De este modo, concluyen destacando que la formación docente adecuada en TIC y su uso en contextos inclusivos es esencial para maximizar el potencial de la tecnología en el aula.

Junto a estos trabajos también se debe incluir el capítulo décimo desarrollado por Begoña Vigo, donde se analiza el papel de los medios digitales y su capacidad para promover la creatividad e inclusión en entornos educativos. Para ello, la autora examina tres proyectos de investigación etnográfica donde se trabaja la democratización de la educación a través de los medios digitales, permitiendo a los estudiantes expresarse y expandir su conocimiento. De este modo, las docentes usan dichos medios para

fomentar la empatía, la expresión personal y la creatividad, fortaleciendo la identidad individual de los discentes y conectando su día a día con los contenidos curriculares. Como colofón, cierra su estudio demostrando la potencialidad de estos medios digitales como elementos transformadores en la educación, sin olvidar los constantes desafíos en los que destacan: los discursos de déficit cultural y políticas educativas que no se alinean con estas innovaciones.

Para cerrar este bloque contamos con el capítulo firmado por Jaime Cortés, Alejandro Quintas y Marta Bestúe sobre la enseñanza-aprendizaje del diseño web desde un punto de vista inclusivo. Los autores analizan la intersección entre la pedagogía y el diseño web desde un enfoque inclusivo, pues afirman que el propio diseño trasciende lo meramente estético y ayuda a los discentes en su formación. Tal aserción se asienta sobre la capacidad del diseño web para crear interfaces accesibles para una alta variedad de usuarios permitiendo que, en este sentido, la enseñanza pueda adaptarse de forma similar a los distintos contextos. Tampoco olvidan una cuestión relevante, y es que la posición habitual es crear entornos y páginas web con una alta predominancia visual, hecho que argumentan contrario pues debería adecuarse a los principios de accesibilidad propuestos por la WCAG, adecuándose estos a personas con discapacidades visuales. Dicha aportación resulta de gran relevancia, pues invita a reflexionar sobre la necesidad de los enfoques pedagógicos actuales, que a veces, sin darnos cuenta, dejan de lado elementos cotidianos como la integración de la tecnología de manera real y para todos en las aulas. A pesar de que ello pudiera plantear reticencias docentes, señalan que hechos como la COVID-19, han demostrado una elevada capacidad de adaptación por parte del profesorado, aunque sea necesaria la formación continua en el ámbito tecnológico a raíz de los problemas sobrevenidos.

El otro gran bloque donde agrupar el resto de las aportaciones mantiene una línea común: el papel docente y la necesidad de que estos desarrollen o mejoren sus prácticas en aras de fomentar la inclusión educativa. El primer trabajo que incluimos aquí, dado el orden en el que se presentan, es el estudio firmado por Arroyo y Sánchez sobre la inclusión digital, el diseño universal y los retos educativos. A lo largo de sus páginas exponen que la inclusión no se limita al acceso a la tecnología, sino que busca garantizar su uso efectivo por todos, independientemente de sus capacidades o antecedentes. Por ende, el Diseño Universal de Aprendizaje (DUA) se destaca como una estrategia pedagógica clave para atender a la variabilidad individual en entornos digitales, permitiendo abordar desafíos tanto pedagógicos como tecnológicos en múltiples niveles: docentes, instituciones educativas, administración y sociedad. Estos retos abarcan desde la competencia digital y la planificación curricular, hasta la infraestructura y políticas digitales inclusivas. Para abordarlos desde un punto de vista inclusivo, plantean cuatro áreas: comunicación, aprendizaje, movilidad y autocuidado.

Dichas áreas permiten un amplio recorrido desde herramientas de comunicación hasta aplicaciones para la accesibilidad y el autocuidado. En este sentido, el DUA se sitúa como eje para garantizar la alfabetización digital desde la inclusión, aunque sin duda, no podemos olvidar la última parte que destaca por su capacidad de reflexión, al preguntarse sobre la experiencia de los estudiantes con diversidad funcional y las respuestas educativas adecuadas. Tales cuestiones abren una potente línea de investigación por la que seguir avanzando en busca de una mayor inclusión educativa.

La aportación de Gil Quintana y Vida de León queda englobada en este bloque y presenta una alta originalidad abordando la concepción innovadora de los profesores como “influencers” del aprendizaje. Se trata de una publicación con un trasfondo profundo y perpetuo, pues incide en la toma de liderazgo por parte de los docentes de otro de las comunidades educativas. Los autores instan a una reflexión crítica sobre cómo la tecnología impacta en nuestras vidas, buscando humanizarla y evitar la exclusión, promoviendo en su lugar una inclusión real y significativa. Para ello, ponen como ejemplo el papel de las redes sociales, orientado a un cambio que conlleve pasar de meros consumidores a creadores y cocreadores activos de contenido, reconociendo y valorando las habilidades individuales. Para ello, es necesaria una alfabetización digital y promulgan la necesidad de una cultura educativa participativa e inclusiva, donde todos los actores involucrados, desde estudiantes hasta familias y docentes, tengan voz activa.

Otra de las aportaciones incluidas en este bloque es la presentada por Blasco y Dieste, sobre el uso de las Tecnologías del Aprendizaje y el Conocimiento (TAC) y su impacto en la inclusión educativa. Como veíamos antes, el uso de estas herramientas transformadoras debe ir, según proponen, encaminadas a formar parte de un diseño instruccional que atienda a estudiantes heterogéneos desde una perspectiva diversa. Esto los lleva a aseverar que las TAC representan una vía hacia un modelo educativo más cooperativo e interactivo. No obstante, su integración exige una reconsideración de las prácticas pedagógicas tradicionales y una profunda reflexión crítica. Es vital que los docentes reconozcan las potencialidades de las TAC, mientras que las instituciones deben promover iniciativas que respalden la justicia social y la inclusión, por ende, asumen que la formación en Educación Superior debe priorizar estas competencias, enfatizando el uso de TAC para la creación de ambientes educativos inclusivos.

Para concluir, el último estudio que cierra este bloque está firmado por Cebollero, Quintas y Cano. Ellos analizan un tema de gran actualidad: el ciberacoso. Proponen que la capacitación en competencia digital docente, específicamente en e-competencias socioemocionales, es crucial para enfrentar y prevenir el ciberacoso. La inclusión digital también requiere garantizar un entorno seguro para todos los estudiantes. En sus conclusiones, subrayan el aumento del ciberacoso, especialmente entre niños y

adolescentes que acceden a la tecnología a edades tempranas. Se enfatiza la importancia de desarrollar e-competencias socioemocionales como estrategia preventiva, planteando retos como la implementación de programas educativos y la necesidad de repensar el currículum. Se destaca la relevancia de trabajar estas competencias no solo para prevenir el ciberacoso, sino también para fomentar una inclusión plena y el desarrollo personal del alumnado en el entorno digital.

En definitiva, estamos ante una obra que arroja luz sobre dos elementos confluyentes cuyos ritmos son complejos de analizar, pero marcan el devenir educativo y necesita de vías claras para su tránsito. Por ello, las visiones teórico-prácticas aportadas suponen un punto de partida para mejorar la inclusión educativa en las aulas con la ayuda de unas herramientas tecnológicas cada vez más presentes, sin perder el sentido humanista y la visión compleja de todos los factores que interactúan en el sistema educativo.

Ángel Ignacio Aguilar Cuesta
Universidad de Málaga

Email: aguilarcuesta@uma.es

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-3240-0810>